

blar de una autonomía que lo temporal va alcanzando progresivamente respecto de un dominio eclesiástico (*descle-ricización*), o de una desvinculación respecto de su origen trascendente. Estas diversas comprensiones dan lugar con frecuencia a cortocircuitos en la manera de comprender las relaciones temporal-espiritual, o la institución de la cristiandad medieval, por decirlo con terminología que evoca la obra de J. Maritain.

Al menos son posibles aquí tres grandes posturas: la que atribuye a lo temporal y a lo espiritual identidad de origen y de fines para ambas esferas, que tiende a comprender el poder del príncipe como una derivación del poder espiritual. «Una radicalización de esta actitud clerical la encontramos en el tradicionalismo» (p. 22) y en actitudes de tipo regresivo o nostálgico. En segundo lugar, afirmar un mismo origen remoto para ambos órdenes (Dios) que, sin embargo, tenderían a fines diversos: la bienaventuranza y el bien común temporal. Esta distinción es secularizadora, en el sentido de que supone una autonomía relativa de lo temporal. Finalmente, quienes niegan incluso un origen común trascendente para ambos órdenes, se adentran en lo que en el siglo XIX recibió el nombre de *laicismo*.

El libro consta de catorce capítulos agrupados en cuatro grandes partes: Las raíces de la modernidad, La modernidad ideológica, La crisis de la cultura de la modernidad y La Iglesia católica y el mundo contemporáneo. Concluyen el volumen un epílogo y una bibliografía.

Aunque concebido como material específico para la docencia, el interés del libro desborda desde luego ese estrecho círculo, también por su estilo y facilidad de lectura. Es de agradecer al autor que se ofrezca ahora al público es-

pañol; en particular, puede ser leído con provecho por cualquier persona de cultura media-alta que desee acercarse a la dimensión intelectual del momento presente. Éste es a mi juicio el atractivo primero que ofrece este libro, que va mucho más allá del mero interés erudito por la historia del pensamiento.

Rodrigo Muñoz

Juan MASIÁ, *Caminos sapienciales de Oriente*, Desclée de Brouwer (Colección Crecimiento personal, n. 66), Bilbao 2002, 263 pp., 14 x 21, ISBN 8433016636.

En el presente trabajo nos encontramos con una serie de ensayos redactados en el marco de la convivencia con la cultura japonesa. El Autor completa con nuevos estudios e integra algunos temas esenciales de un libro anterior, *Aprender de Oriente* (1998). El telón de fondo principal son distintos episodios de una serie de encuentros entre cristianos y budistas, por lo que, más que redactados, están vividos. No se trata de una mera acumulación de datos y de un análisis ligero desde la perspectiva occidental, como podría hacer un turista o un periodista, sino del juicio ponderado de una persona que ha vivido más de 25 años en Japón.

El Autor no pretende un análisis exhaustivo de la tradición oriental. Simplemente quiere resaltar lo que hay de sapiencial en el núcleo de sus raíces sintoístas, budistas, confucionistas o taoístas. Por la extensión con que se examinan, tiene prioridad el elemento budista. El budismo es considerado como un camino de sabiduría (filosofía y/o religión), un camino de búsqueda de la auténtica felicidad, que se aprende con la práctica de contemplar y compadecerse. Se dice que el budismo es una

tradición sapiencial resumida en dos grandes temas: el despertar o ser iluminado, que conlleva liberación y pacificación, y la compasión y benevolencia universal, que identifica con la corriente profunda de la vida.

El trabajo invita al encuentro con estas tradiciones orientales. La pretensión del Autor es doble: ampliar la comprensión de lo ajeno, junto al redescubrimiento de lo propio. Nos parece que ayuda más a lo primero que a lo segundo, aunque su aportación es inestimable. No sólo por el hecho de recordarnos la vida de tantos cristianos que han vivido en esas tradiciones, respetando, valorando y aprendiendo de lo que allí han encontrado, a la vez que aportando lo propio; sino también porque nos invitan al diálogo plural a partir de la propia identidad.

Estamos de acuerdo en su denuncia de la actitud colonialista con que muchas veces se han movido Occidente y los occidentales respecto al Oriente. Para ello afirma que, si tuviera que resumir brevemente su experiencia de Japón, diría lo siguiente: «Yo, que pensaba en 1966 que iba a llevar a Cristo a Japón, estoy convencido en 2001 de que ni yo tenía entonces del todo al Cristo que creía llevar a allí, ni acabo de tenerlo ahora. Él es ese Dios siempre mayor que, a través de ese Japón al que yo creía llevarle, me ha hecho descubrirle. Y eso ha ocurrido a través de un proceso de despojo; había que desnudarse de falsas imágenes, recibidas o construidas, sobre Cristo» (p. 20). En este sentido, concluye que la clave del diálogo interreligioso es ir «a aprender de todas las gentes antes que a enseñar a todas las gentes» (*ibid.*). Porque es un hecho que «el encuentro con otra cultura y religiosidad nos cambia el modo de vivir la propia fe» (*ibid.*), ya que

Dios siempre es mayor de lo que creemos, y descubrimos su rostro en otra cultura. Estoy de acuerdo en que esta actitud de aprender de todos los demás es un punto de partida fundamental en la búsqueda de Dios. Pero pienso que no es el único, ni el más importante. Me parece que la clave reside en el deseo de encontrar a Dios y en el amor a la verdad. Y para eso es esencial la crítica y el contraste personal con la Verdad de Dios, y por tanto con la singularidad de Jesucristo y de su mensaje.

Pablo Marti

Pierre LANGERON, *Les Instituts séculiers. Une vocation pour le nouveau millénaire*, Les Éditions du Cerf, Paris 2003, 189 pp., 14 x 22, ISBN 2-204-07050-5.

Una de las manifestaciones de la renovación de la Iglesia actual es la eclosión de nuevos movimientos espirituales. Muchos de ellos son bastante conocidos, pero otros no. La intención principal del Autor es dar a conocer los Institutos Seculares, poco conocidos según su parecer, como un instrumento querido por Dios para la renovación de la iglesia y del mundo en el momento actual. Se trata de más de 200 instituciones eclesiales en todo el mundo, que cuentan con unos 35.000 miembros, hombres y mujeres, que viven y trabajan en una sesentena de países.

El primer paso es describir su origen. Partiendo de los que denomina pioneros de este tipo de vida (Santa Ángela de Merici, el padre Cloriviere), constata a principios de siglo XX la aparición de un nuevo género de fundaciones en Italia, Francia y otros países, ante las cuales la Iglesia debe dar una respuesta. La respuesta del Magisterio después de diferentes estudios y debates será la constitución apostólica *Provida*